

Mundial de fútbol 2006: una copa para Italia, un triunfo para Alemania

TEXTO Y FOTOS: MARIELLA CHECA*

Que las notas del Himno Nacional peruano sonaran desde un enlace de Internet fue toda una sorpresa para mis compañeras alemanas de vivienda. ¿Qué? ¿Fiestas Patrias? ¿Y eso se celebra? ¿No se trabaja? ¿La gente se desea mutuamente felicidad? La dimensión del descubrimiento fue tal que una de ellas lo usó como tema curioso para romper el hielo frente a los profesores, que precisamente el pasado 28 de julio le tomaron el examen oral con el que puso punto final a sus estudios universitarios en la ciudad de Freiburg.

Más o menos el mismo impacto, pero en sentido inverso, me causó la reacción de mis compañeros de clase, hace tres años, cuando la profesora del curso de «Psicología de la Comunicación Intercultural» nos invitó a pasar a una habitación que, para el caso, ella había bautizado como «Museo Alemán» y pidió a los presentes tomar alguno de los objetos allí exhibidos y comentar en qué medida lo vinculaba con su identidad nacional: una a una fueron surgiendo las anécdotas de quienes fuera de sus fronteras habían vivido la experiencia de descubrirse queriendo esconder su nacionalidad, y por allí apareció también el discurso de que tomar posición frente al pasado es un momento que todo hijo del país de la eficiencia, las normas, la planificación, pero también, gracias a Dios, de la cerveza, las salchichas y el fútbol, debe afrontar. ¿Quién lo hubiera dicho considerando la arrogancia y el racismo que se les atribuye en el mundo? «¡Pues precisamente por eso!», me explicó alguien después.

Mi amiga Luise Lutz me cuenta que hace más o menos veintiséis años, estando ella de vacaciones en el norte de Italia, tuvo que enfrentar el repentino ataque de un italiano de cuyo cuello colgaba una Estrella de David. Con una mirada tremendamente agresiva y mostrándole la cadena que llevaba al cuello le dijo algo que por las palabras no quedó claro, pero que por los gestos se entendió perfectamente. Su anfitrión confirmó luego sus sospechas, al traducirle que el hombre le había recordado los campos de concentración nazis y luego había dicho con orgullo: «Pero a mí no pudieron eliminarme». «Nunca podré olvidar esos ojos llenos de odio», comenta ella, aludiendo lo desprevenida que la tomó el hecho, «a pesar de que los alemanes éramos conscientes de no ser queridos y por eso siempre éramos cuidadosos cuando estábamos en el extranjero y preferíamos no presentarnos como alemanes. Yo no estaba orgullosa de ser alemana, y aunque tampoco me sentía culpable, porque entonces era muy joven y además yo no había estado en la guerra, sí era consciente de la historia».

Una experiencia parecida tuvo Christine Hauber, quien es veinte años menor que Luise. En su caso, la anécdota se remonta a 1989, poco después de la caída del Muro de Berlín, cuando participó en un programa de intercambio escolar con Francia. Luego de pasear todo un día con la familia anfitriona por la ciudad de Becancon, ya de vuelta en casa tuvo que enfrentar el cuestionario del hijo adolescente, quien, libro sobre la Segunda Guerra Mundial en mano y señalando insistentemente la foto de Hitler, le exigía expresar su opinión sobre lo sucedido en ese entonces. Más adelante, una vez sentados a la mesa, el padre de familia expresaba sus temores sobre la reunificación alemana, que podría representar una amenaza para los franceses. «Como en ese tiempo yo era muy joven, viví esta experiencia como algo muy amargo, y aunque luego quedó en el olvido gracias a otras más agradables, durante mucho tiempo sentí vergüenza cada vez que, estando en el extranjero, alguien me preguntaba si era alemana. Para mí pasó a ser algo muy importante que la gente me conociera como una persona, como un ser humano y no como 'la alemana'».

Hildegard Wenzler-Cremer, psicóloga y docente de la Universidad de Educación de Freiburg, lleva doce años implementando su ya mencionado «Museo Alemán». Ella recuerda que al principio los

estudiantes se resistían a hablar del tema de la nacionalidad y hasta mostraban su conmoción ante la bandera tricolor, pues los símbolos eran inmediatamente asociados a los valores del Tercer Reich. «Tarde o temprano surgían los temas del orgullo nacional y del nacional socialismo y las preguntas: ‘¿Tenemos los alemanes el derecho de amarnos? ¿Tenemos el permiso de ser patriotas?’», cuenta. «Pero todo eso ha ido cambiando poco a poco», añade.

Una prueba contundente de tal cambio la ofreció el reciente Mundial de Fútbol, durante el cual el país entero quedó prácticamente teñido de negro, rojo y, ojo, no amarillo sino *dorado*. Porque esos son los colores patrios de Alemania: negro, rojo y dorado. Aunque no faltaron los gestos de censura y rechazo de los mayores y de los socialmente más comprometidos, lo cierto es que el país vivió una euforia que el presidente de la Federación Alemana de Fútbol comparó durante una entrevista periodística con la vivida durante la caída del Muro.

Lo que en cualquier otro país del mundo hubiera sido normalmente asumido, en Alemania fue todo un acontecimiento sin precedentes. Los récords de sintonía durante los siete partidos que jugó la selección nacional, las turbas de fanáticos frente a pantallas gigantes instaladas en restaurantes, bares, parques, plazas y hasta en medio de los ríos, las caravanas de autos una vez terminados los partidos, los mares de banderas, pelucas, collares, muñequeras, pitos y caras pintadas, las sonrisas sin fin en el país de los ceños adustos, el desorden y la bulla infinitos en el reino del silencio como signo de respeto al descanso ajeno se hicieron tema de reportajes, análisis, reflexiones de café y de programas de actualidad. ¿Qué estaba pasando en Alemania, donde ni la depresión posterior a la derrota frente Italia duró más de quince minutos?

Tobias Unger, reconocido atleta nacional que posee el récord en 200 metros planos, manifestó públicamente su alegría de que el poblador medio pudiera expresar tranquilamente y sin culpas su identidad nacional: «Eso es lo normal en cualquier país del mundo», declaró. Y un joven de Colonia, ciudad reconocida como la más alegre del país, se mostró públicamente sorprendido de que «el resto de la república también pueda celebrar». Un comentarista del diario regional de Freiburg aclaraba en primera plana que lo que se estaba viendo en esos días no debía provocar una alarmada discusión sobre un eventual retorno del nacionalismo alemán, sino que debía más bien entenderse como una nueva forma de patriotismo que es alimentada y practicada en todo el planeta, un sentimiento que nace de la alegría por pertenecer a un determinado país, sin que eso signifique desearle el mal a los otros. Y se alegraba, finalmente, de que la población tuviera por fin la ocasión de probar de tan delicioso manjar.

Christoph Amend, del semanario *Die Zeit* (El Tiempo), intentó en esos días una explicación del porqué las nuevas generaciones tienen una relación más relajada con su país, y aludió los esfuerzos que tanto Konrad Adenauer como Helmut Kohl hicieron durante sus respectivos gobiernos para integrar Alemania al resto de Europa. Mencionó además los sesenta años de democracia ininterrumpida no solo como el contexto que ha marcado la forma de ser de las nuevas generaciones, sino como un motivo para sentirse orgulloso de ser parte del país.

Por su parte, Titus Arnau entrevistó para el mismo semanario al médico, siquiatra, docente e investigador berlinés Fritz Simon, quien encontró en la búsqueda de des-individualización una explicación a la euforia de masas que durante cuatro semanas se vivió en cada rincón del país. «En una sociedad altamente individualista como la nuestra, apenas se tienen ocasiones para experimentar la sensación de un *nosotros*. Sin embargo, la identidad personal se define por la pertenencia a un grupo y esta es una necesidad básica del ser humano», explicó, al mismo tiempo que reveló que hasta antes del cambio de gobierno, según los resultados de sus investigaciones, al poblador medio alemán parecía irle anímicamente peor que a un enfermo de cáncer.

Sin embargo, el congresista por el partido de los verdes, Hans-Christian Ströbele, quien naciera en el verano europeo de 1939 y viviera sus años infantiles en la Alemania nazi, insistió frente a las cámaras de televisión en que él no podía ver de manera positiva el flamear de las banderas. «Tenemos un pasado todavía fresco que nos permite sentirnos de cualquier manera, menos orgullosos», declaró, encarnando el sentir de muchos que decidieron mantenerse al margen y autodeclararse «aguafiestas». La pregunta sería a quién le aguaron la fiesta, sino a sí mismos, pues en cada ciudad del país, fuera o no escenario de los partidos, se repitieron una y otra vez las escenas de una euforia que hasta ahora no había sido en Alemania más que una palabra de origen griego.

Hasta los jóvenes pobladores turcos del barrio de Kreuzberg, ubicado a pocos metros del centro de

Berlín, se sumaron a las muestras de algarabía. Por un tiempo quedaron atrás los conflictos que les significa vivir atrapados entre la cultura tradicional, turca, de sus padres y la alemana, en la que les toca crecer y que, sin embargo, no los recibe precisamente con los brazos abiertos. No obstante, ellos también celebraron cada gol de los chicos de Klinsmann y salieron a formar parte de las caravanas de autos que partiendo de la Oranienstrasse se sumaron, integrados como nunca, a la procesión motorizada que avanzaba siempre con dirección a Kurfürstendamm. «Todos los turcos deseamos que Alemania siga yendo adelante en el campeonato», declaró uno de estos muchachos a la prensa horas antes del encuentro contra Italia. «Y es que nosotros vivimos aquí, este es también nuestro país», añadió.

El esperado triunfo, no obstante, no llegó, y esa noche los fanáticos televidentes debieron postergar los planes de celebración y apagar el televisor o marchar a casa con el sabor amargo de una derrota consumada en el último minuto de uno de esos partidos que Humberto Martínez Morosini hubiera calificado de «no apto para cardiacos». Sin embargo, la misma entereza con la que el equipo alemán remontó el marcador que les era adverso durante el partido contra Argentina, lucieron todos sus seguidores apenas unas horas después de haber culminado el encuentro contra Italia. Unos a otros se animaban mutuamente: «El Mundial está siendo maravilloso, y hay que seguir apoyando a los chicos, hay que dejar puestas las banderas, aunque sepamos que el campeonato ya no será posible». Y así fue. La «pequeña final» contra Portugal se vivió como la mismísima final. El coro «Berlín, Berlín, nos vamos a Berlín», fue rápida y creativamente reemplazado por «Stuttgart es mucho más bonito que Berlín», y los corsos que se vieron esa noche por las calles no dejaban sospechar al visitante ocasional uno de los rasgos más característicos del pueblo anfitrión: su vocación por el alto rendimiento y su culto a la perfección. «Esto es la locura», dijo uno de los muchos testigos de la escena, para luego anotar: «Es como si hubiéramos ganado el campeonato». Y nada más ni nada menos que la máxima autoridad del país, la canciller Angela Merkel, sentenció luego: «El hecho de que podamos alegrarnos, a pesar de no ser los primeros, es, desde mi punto de vista, el auténtico triunfo».

De hecho, el millón y medio de personas que se congregó horas antes de la final entre Francia e Italia en el paseo ubicado frente al Arco de Brandenburgo para encontrarse con el equipo alemán, sus entrenadores, preparadores físicos, nutricionistas y hasta voceros de prensa, para homenajearlos y, a su vez, dejarse homenajear por ellos, parecía haber olvidado por completo la copa de la FIFA. «Para qué el primer lugar si ustedes ya se han ganado hace tiempo el premio más grande: el orgullo de toda una Nación», decía una pancarta. Y el equipo en pleno agradecía a su público desde las palabras impresas en sus camisetas: «Gracias, Alemania». Por el apoyo incondicional, claro está.

Al día siguiente, junto al recuento de los detalles de la final, podía leerse en pocas palabras el balance local de las cuatro semanas anteriores: «Una pacífica fiesta de la alegría». Alabanzas para los organizadores por el impecable trabajo realizado, permitiendo que propios y extraños se sintieran siempre seguros gracias a la labor firme pero cordial de 28 mil policías que, entre otras cosas, debieron prestar sus servicios a la patria posando para una y mil fotografías, que quién sabe qué destino tendrían, pero que, de todos modos, ofrecerían afuera una impresión de su tierra. «Algo mejor no le podría pasar a este país», sentenciaba *Die Zeit* en su número de cierre del campeonato, refiriéndose a las imágenes que los miles de hinchas llevarían consigo a sus países de origen.

Una corresponsal de la prensa portuguesa informó a su diario: «Alemania no habrá obtenido la copa, pero es el gran ganador de este torneo: durante cuatro semanas los alemanes han redescubierto su país, han colocado banderas en sus autos, se han pintado las mejillas con los colores nacionales y se han atrevido a cantar en voz muy alta su himno nacional. ¡Una declaración colectiva de amor! Alemania ha aprendido a sonreír sin necesidad de irse al sótano para hacerlo. Y ha ganado en imagen, confianza en sí misma y optimismo».

De manera similar opinaron Tony Blair y José Manuel Barroso, el Presidente de la Comisión Europea. «Los viejos prejuicios sobre los alemanes han sido reemplazados por una imagen nueva, positiva y mucho más fiel», dijo el Primer Ministro británico, mientras Barroso declaró: «Pienso que luego del éxito de este torneo Alemania será mucho más querida y respetada en todo el mundo».

Junto con el colega del *Badische Zeitung*, Michael Dörfler, yo prefiero los juicios del mediano y largo plazo: «Si Alemania realmente se ha convertido en otro país, recién podrá verse cuando el foco de atención deje de estar en el fútbol». No obstante, me queda la esperanza, ingenua según algunos de mis

amigos locales que se cuentan entre los autoproclamados «aguafiestas», de que la libertad para colgar la bandera de la ventana, del balcón o del cuello acabe con esa cotidiana necesidad de perfección y superioridad frente a lo foráneo, en la que estudiosos sociales como el Dr. Stephan Marks, director del proyecto de investigación «Historia y Recuerdo», identifican un mecanismo de defensa frente a una vergüenza colectiva que aún está en vías de superación. ■

*Periodista. Acaba de concluir una maestría en Pedagogía de Medios en la Universidad de Educación de Freiburg.